

1 DE DICIEMBRE DE 1879.

Madrid.

En el Real.

Si acaso la función regia de anoche no ha producido en mi espíritu tan grande impresión como en la generalidad de los concurrentes, no debe atribuirse a prevención de mi ánimo, es efecto del sitio destinado a la prensa.

Los dos palcos mas altos del proscenio habian sido envidiados a los periodistas extranjeros y a los periodistas de Madrid. Desde tan elegantes guardillas se nos presentaba el público en orinales escorzos que no imaginó siquiera el gran pintor de la capilla Sixtina. Esta posición era sobre todo inmejorable para hacer un estudio concienzudo de las calvas. ¡Qué magnífica colección craneoscópica de la situación! Tienes calvas de todos géneros; desde el cráneo mondo y lirondo, como una bola de mármol, hasta una calva vergonzante mal cubierta por media docena de pelos largos y lustrosos que surgen desde el cogote a formar un *sprit coqueton* sobre la frente.

Pero esto daña a la impresión general: se ve a los concurrentes aplastados, encogidos, apachullados, recogidos sobre si mismos, como un *clac*. Ha dicho Balzac que no hay hombre grande para su ayuda de cámara: yo diré que no hay grandes hombres vistos de coronilla.

Y sin embargo, allí estaban acumulados todos los esplendores de la corte y de la nación. En los palcos centelleaban sobre hermosas frentes las diademas de brillantes; formaban deslumbrador oleaje los encajes y los rasos de los vestidos. Los hombres se cubrían el pecho con banderas y cruces, y ostentaban suntuosos uniformes. Todo era coronaduras de oro, sombreros con pluma; cascos con penachos; banderas de colores. —Persona había que acababa de salir sin duda de casa del dorador.

Era el teatro un esmalte cuyas figuras por un efecto de óptica parecían tener movimiento. Nada había que pudiera dañar el efecto aristocrático del salón. Los palcos estaban repletos. Podía contarse en cada uno de ellos ocho señoras y otros tantos señores; ellas puestas con todos los primores del arte; ellos hechos constataciones de la vanidad. Cada palco era un coquecillo atestado de joyas.

Hasta en el paraíso se veían concurrentes de corbata blanca y damas que exponían sus escotes a las olímpicas miradas de los dioses del techo; no es de admirar esto; yo sé de alguien que sólo para leer la targeta de invitación en su casa se puso de uniforme.

El teatro era una pila de excelencias; la función uno de esos actos de que guardan indelebles recuerdos los joyeros y las modistas... Todo una prueba mas de que Dios creó al hombre imperfecto y que su cualidad de ser divino la debe únicamente al sastre.

Yo dudo que la civilización pueda ya subir a mas altura en España. Asistir a una función internacional, como si dijésemos, de *Madrid-Viena*, confundiendo entre un público de príncipes, oyendo cantar como en el cielo, gratis, es el límite del progreso humano. Los que no estén conformes conmigo podrán ser filántropos; pero no son artistas.

Un compañero mio empezó a murmurar. Según él, el gobierno debiera haber dado representación en este solemnidad a las clases populares, que al cabo forman parte de la nación; y llevado de su espíritu optimista hasta hubiera querido que en un sitio de preferencia se hubiese colocado un negro.

—Desgraciado, le dije, ¿no comprendes que hubiera hecho el efecto de un moscón sobre un ramo de flores? ¡Horrible contraste!

Todos estaban, sin duda, muy galanos con sus uniformes y con sus banderas, placas y cruces; pero quienes llamaban mas la atención eran los enviados extraordinarios y los agregados a estas embajadas. Sus uniformes son muy curiosos y sus tricorneos y chaqués de formas clásicas y pintorescas.

Algunos de estos uniformes nos producen cierta *risueña melancolía*, porque nos vuelven a los tiempos en que jugábamos con los soldados de palo pintado que se vendían en las tiendas de alemanes.

Algunos austriacos parecen que llevan coraza de oro; tan tupido es el bordado del peto, y alguno tambien tiene la levita toda cubierta de unidas sardinetas, por lo cual me pareció desde la faltriquera del proscenio en que yo estaba, un esqueleto dorado.

Siempre el uniforme militar impone al hombre civil, que mira tanto esplendor con ojos temerosos. Al fin y al cabo todo buen militar debe aspirar a realizar en su vida algun acto sangriento extraordinario que iguale al menos al argumento de un drama de Echegaray; mas por efecto de las costumbres, los uniformes nacionales pierden algo de ese efecto aterrador. Los uniformes extranjeros, por su novedad y extrañas formas, y por las epopeyas internacionales que recuerdan, obtienen nuestra admiración sin que nada la suavice. Así es que todo militar extranjero nos parece un Nelson, un Murat, un Molke. Yo confieso que ante los uniformes extranjeros me quedo embobado, atónito y confuso como cuando era chico.

—Pero—decía una señorita a su mamá, contemplando a los oficiales extranjeros como la mariposa la llama de un quinqué—¿irán con esos uniformes a la guerra?

—Dicen que sí; pero yo estoy segura de que antes de empezar la batalla si son personas arregladas se quedarán en mangas de camisa.

Pero en este día hay pocos espectáculos que impongan al funcionario civil. Esto se ha endosado tambien el uniforme. Vedle, admiradle; mas no le habéis, no conoce a nadie. Merece disculpa; no se conoce a si mismo.

En este país democrático por excelencia, puesto que nadie reconoce superior en nobleza, ni mas grande a ningún grande, vestirse de semidios civil es un acto heroico: es desafiar la sátira de los conculadanos.

Como no hay división de clases; como todos nos divertimos mezclados, comemos juntos, bailamos al son de los mismos violines, nos ganamos el dinero en el mismo casino, y cultivamos la misma enérgica literatura en los toros, cuando nos ponemos un uniforme nos reímos los unos de los otros como si nos viésemos con un traje de máscara.

Anoche estaba yo en el *foyer* cuando vi llegar un personaje, todo él anónimo a incógnito como el caracol. Desapareció dentro de una casaca bordada de un enrejado de oro y bajo un sombrero de picos con un penacho de plumas verdes, encarnadas y de otros colores.

Parecía una gran maceta de alguna planta rara; de esas que, según la moda, están metidas en un encañado de oro.

Tanta esplendidez ponía admiración en los ojos y sobresalto en el corazón. Yo y los que conmigo estaban, le mirábamos avanzar como los proletas la nube en que se les acercaba el Señor.

Por fin la maceta llegó hasta nosotros, y en vez de pasar, se detuvo... Mas aun, se llegó a hablarnos.

Uno de nosotros le conocía. El tiesto se llegó a su amigo y le dió un golpe en la espalda con familiaridad.

—Chico, le dijo, ayer me dejaron en la timba sin una pluma, dame un pitillo.

Su amigo se le dió, y el cogiéndole entre sus dedos fumadores y haciéndole bailar en ellos, exclamó:

—Vivan los hombres cruos! ¡Chachipé!

Y siguió paseando triunfalmente por el vestibulo su magnífica personalidad.

Anoche la etiqueta se llevó con todo rigor: no se aplaudió a los cantantes.

Un caballero que no estaba en estos detalles cortesanos, decía a otro convidado:

—La buena sociedad, siempre lo he dicho, es la mas ignorante.—Ya Vd. ve, quiero decir, ya usted oye qué bien cantan... pues no les gusta.

Entre dos caballeros pudo haber un lance.

Uno de ellos sostenía que los dos alabarderos puestos en la embocadura del proscenio, eran de veras: otro que eran pintados.

—Si no fueran pintados, se moverían.

—Cuando dan guardia de honor no se mueven.

—¿Que no? Mañana lo veremos en los toros.

En el palco de la prensa extranjera estaba sentada una señora elegantemente vestida.

—Yo creí, dijo uno que en ese palco solo tenían derecho a estar los corresponsales....

—Está por derecho propio.

—¿Cómo puede ser eso?

—Esa señora es un barón.

—Esa broma es de mal gusto.

—Lo que Vd. oye, es el *Baron de Stok* corresponsal de *La Nueva Prensa Libre* de Viena.

Era *Mad. Rattazzi*.

—Pase porque los funcionarios administrativos tengan uniforme; pero lo que encuentro ridiculo es que ciñan espada. ¿En que batalla tienen que vencer? ¿A qué adversario tienen que matar?

—¡Oh! muy al contrario, es sensible que no lleven diuño el espada. ¿Sería un instrumento inmejorable para sacudir el polvo a los expedientes!

Terminada la función, el distinguido público se fué a dormir y a soñar.

Todos habrán soñado lo que yo.

¿Que eran príncipes?

¿Que eran concejales?

¿Que eran austriacos?

Todas estas magníficas categorías sociales fueran humildes aspiraciones.

Habrán soñado que son *caballeros en plaza*.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Felipe II, estudio histórico-crítico por *Valentin Gomez*, con una carta-prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. —Un vol. de xiv-192 págs.—Madrid: imp. de Perez Dubrull; 1879.

Sabido es que el Sr. Cánovas del Castillo inventa y defiende como estadista, bajo la influencia de las circunstancias y arrastrado por la necesidad de satisfacer necesidades del momento, las mas peregrinas teorías. Como historiador procede de la misma manera y en el prólogo que poco ha escribió para el libro del Sr. Muro, que ha arrojado tan viva luz sobre la existencia de la princesa de Eboli, procurando justificar los actos del rey prudente, establece que quien los examinare y desee estimar bien su mérito como hombre de Estado, debe en primer término estudiar a conciencia el siglo xvi, saber lo que era, lo que quería y lo que pensaba en aquella época la nación española.

El Sr. Gomez acepta esta doctrina, que si en labios del Sr. Cánovas no es una contradicción, en los del autor del libro que anunciamos revela la patente inconsecuencia, porque no se pueden a la vez sostener los principios del antiguo régimen, el despotismo de la monarquía absoluta y la necesidad de que exista una raza por derecho divino directora perpetua de los destinos de un pueblo y la doctrina de que esa raza directora le gobierne como el quiere y la opinión le aconseja. Para que los pueblos obren según su libre voluntad, no es necesario ciertamente sujetarlos al cetro de hierro de un soberano como Felipe II. O gobierno del rey o gobierno de la opinión; el Sr. Gomez ha debido optar por uno de esos dos extremos antes de empeñarse en aquel contradictorio razonamiento.

Por su virtud explica, de una manera satisfactoria a lo que él entiende, los errores de mas bulto del reinado de Felipe II; las absurdas medidas que provocaron la rebelión de los moriscos, el asesinato de Escobedo y todo el conjunto de su política, que sacrificó constantemente los intereses de la patria a las conveniencias de dinastía y del catolicismo, hallan a los ojos del Sr. Gomez absolución completa, porque en se-

mejantes circunstancias, dice, Felipe II obraba como representante de la nación, obedeciendo las aspiraciones de la voluntad general. Aunque esto fuera cierto, no bastaría a disculparle. Para algo era el rey gobernante absoluto de su pueblo, y para algo rigen la política principios éideas mas elevadas que las preocupaciones de un país ó los caprichos irreflexivos de un partido. Años adelante el pueblo aplaudió la expulsión de los moriscos. ¿Ese aplauso ha atenuado en lo mas mínimo la falta cometida por el imbécil Felipe III?

Como estudio histórico, la obra del Sr. Gomez compendia y resume algunas de las mas recientes verdades adquiridas para la ciencia por los escritores que han registrado nuestros archivos y visitado los extranjeros, buscando noticias exactas que les permitiesen conocer a fondo el reinado del monarca prudente. No era su objeto ofrecer novedades. En ese punto deshechos estaban los errores que combate y destruidos los asertos que desmiente. Pero no por esto hay absoluta veracidad en la relación del Sr. Gomez. Unas veces evitando referir los pormenores de los sucesos y pasando sobre ellos con harta ligereza, otras explicándolos de una manera que no se acomoda a su espíritu y sentido, el Sr. Gomez desfigura mas de lo que la recta imparcialidad puede tolerar, acontecimientos de grande importancia.

La Reforma, dice, había profanado con las pasiones carnales la santidad del sacerdocio; es preciso para asegurar esto haber olvidado el punto a que llegaban las costumbres del clero católico en el siglo xvi. El libro de *Laurent L'Etat et L'Eglise* y alguna indicación de *Drapier*, bastan para que el lector se ilustre sobre esa cuestión.

Las paces de Felipe II con Paulo IV son, a juicio del Sr. Gomez, un testimonio de que nuestro monarca armonizaba los deberes de rey con los de fidelísimo creyente. La historia, severa e inflexible, no permite obtener de ese episodio tales deducciones. Aquella paz fue una humillación. Carlos V, tan católico como Felipe II, pero mas patriota y hombre de Estado, lo juzgó así. Léase la excelente obra de Mignet sobre la abdicación del emperador, donde se trata con amplitud y abundantes informes ese curioso hecho. Entre las múltiples contradicciones que amargaron los últimos días del César en Yuste, ninguna le mortificó tanto como esa paz que repetidas veces calificó de vergonzosa, según el incontestable testimonio de *Martin Gazteli*, su secretario.

De estas inexactitudes de apreciación hay buena cosecha en el estudio que anunciamos. Es un trabajo político mas que una obra histórica.

en las páginas de este libro dotes literarias dignas de aplauso, acierto para disponer los materiales acumulados de una manera favorable al fin que le inspiraba, y un conocimiento profundo del reinado de su héroe, y de los trabajos hechos para ilustrarlo en Francia, en Bélgica y en Italia durante la última época. Pero la defensa de Felipe II es ya, ó inútil, ó imposible. Inútil si se encamina a refutar los absurdos hechos que le atribuye la leyenda, porque están suficientemente desmentidos; imposible si se dirige a convencernos, partiendo de la base que ofrecen los datos averiguados, de que Felipe II fué un gran rey, su política conveniente y racional, su reinado próspero y su influjo en la historia patria favorable a nuestros intereses y nuestro nombre.

La impresión de la obra, esmeradamente tirada por el Sr. Perez Dubrull, merece mencionarse especialmente. El Sr. Perez Dubrull ha dado a luz un libro cuyas condiciones materiales nada nos hacen desear.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

El Padre Martínez.

Mi abuelo le conoció.

Era el regocijo de hombres de letras y el espanto de las viejas santurronas.

Su sátira, tan punzante que flagelaba.

Tenerle una tarde a tomar el clásico chocolate, constituía un acontecimiento que las familias anunciaban con la alegría en los ojos y el orgullo en los labios. —Ya a venir el Padre Martínez! —¡Uff! —No faltaremos, decían los amigos. —Haremos que nos presenten, añadían los gorriones (que éstos los ha habido en todos tiempos.) Y cátese al Madrid fraileño entregado a la delectación mas profunda, a la sola idea de ver al reverendo delante de un carrilón de soconusco.

Y el Padre Martínez, en efecto, hacia la delicia de sus oyentes.

Pero la había a costa de ellos mismos.

Porque el Padre Martínez sabía donde estaba el mal y la aplicaba despiadadamente.

Su habilidad estaba en que alanzar la frase todos se la aplicaban al vecino.

Si pudiera resumirse en un libro la serie no interrumpida de sus chistes, anécdotas, cuentos y chascarrillos, tendríamos retratada de cuerpo entero la sociedad madrileña en el primer tercio del presente siglo.

Las intrigas palaciegas, los recuerdos del privado, la provision arbitraria de los beneficios, desde los mas simples hasta los mas compuestos, las infulas de los covachuelistas, las tendencias de los masones, la desfachatez de la manolera, las clausuras universitarias, la ignorancia de los chicos y la estupidez de los grandes... todo, todo caía bajo la cáustica palabra del Padre Martínez que se complacía en derramar la amargura de su alma entre sales de poderoso comedio.

Admirado y no comprendido, el Padre Martínez llegó a ser la personalidad mas saliente de su época.

Un día se detuvo a meditar.

—Esta gente no es digna de que se la flagele con el látigo de la sátira. Fuera el disimulo.

Y el desgaro substituyó al epigrama.

Dos rasgos geniales determinaron por completo el carácter típico del Padre Martínez.

Sábanos permitidos reproducirlos.

Suscitábase por entonces con nuevo encono la diferencia doctrinal de dominicos y agustinos.

—Amados oyentes míos, dijo el padre, sobre poco mas ó menos. Hace tres noches, implorando la gracia divina para que alumbrase mi inteligencia en este crítico momento, quedé profundamente dormido y soñé que entregaba al que todo lo puede dos sermones, el que oísteis en la fiesta del Rosario y el que vais a oír esta tarde. Estaba Su Divina Majestad rodeado de todos los ángeles y santos de su corte celestial. Hojé los manuscritos, y llenos de su infinita bondad, díjome: —Padre Martínez, qué diferencias filosóficas son estas que aquí veo? —Descifrelas vuestra sabiduría. Señor, que a tanto no llegan los miseros mortales. —Si lo haré, repuso Su Divina Majestad, y al efecto díjeme de quien has aprendido tu doctrina. —De mi angélico padre Santo Tomás de Aquino.

—Y tú, Tomás, de quien la aprendiste? —De los grandes Padres de la Iglesia, San Anselmo y San Ambrosio. —Y tú, Ambrosio? —De los santos doctores Justino é Ireneo. —Y vosotros? —De San Ignacio, mártir. —Y tú, Ignacio? —De San Pablo, apóstol. —Y tú, Pablo? —De vos mismo, Señor. —Es cierto! exclamó Su Divina Majestad, devolviéndome el manuscrito, esta es mi doctrina. —Y dime tú, Ignacio, prosiguió volviéndose hacia el ilustre fundador de la Casa de Jesús, y enseñándole el sermón que oísteis la otra tarde: ¿es esta la doctrina que enseñaste a los tuyos? —Cá, no señor, contestó el Santo, lo que sucede es que yo les dejé *granditos*; después se han metido a *teólogos* y *filósofos* y así anda ello.

No hay para qué decir los disgustos que atravesaría sobre sí el Padre Martínez. Grande fué la filípica que vino de Roma... Pero, hé aquí la enmienda.

Fernando VII determinó trasladarse con su corte al Escorial para asistir a la fiesta religiosa de San Jerónimo. Aterráse la comunidad al solo anuncio de este acontecimiento, y desde el mas chico hasta el mas grande, no hubo reverendo que se encargara de predicar el sermón. El conflicto era extraordinario. ¿Cómo dejar sin panegírico al santo en el día de su mayor ensalzamiento? Hubo necesidad de volver los ojos en busca de un orador de gran talla, y el nombre del Padre Martínez corrió por todos los labios. Una dificultad, sin embargo, se oponía a los deseos de los jerónimos. Los franciscanos de Atocha estaban altamente resentidos en su amor propio por no sabernos qué etiquetas conventuales de trascendencia suma.

—Cómo,—decía el prior del convento del Escorial,—¿cómo me presento a los franciscanos en situación tan apurada?—Vaya vuestra reverencia, contestaron los jerónimos con aires de vanidad mal reprimidos, que harte hora tendrán ellos en servirnos a nosotros.

El prior recordó entonces las preeminencias de su orden, y sin mas debates se puso en camino, gine en una hermosa y reluciente mula, y seguido de un orondo y reluciente lego.

El prior de Atocha recibió al del Escorial con la dulzura en los ojos y la sonrisa en los labios, y cuando supo el objeto de la visita...

—Fase, pase vuestra reverencia a esta su humilde celda; que aquí estamos dispuestos a complacerle en todo y por todo, y llamando a fray Martínez le ordenó que se pusiera al servicio de los padres jerónimos.

Como recibió el mandato el Padre Martínez, no hay para qué dudarlo. Tentado estuvo de echarlo todo a rodar; pero la obediencia selló sus labios. Fuese a su celda, preparó las alforjas, tomó un refrigerio, y después de aguardar a que los viandantes confortasen su estómago con la fruición propia de buenos jerónimos, dejóse llevar al convento que Felipe II elevó para gloria suya y de los cielos.

La comunidad recibió al Padre Martínez con el carisma benévolo que a veces dispensa el poderoso, y a los pocos días, conjurado ya el conflicto, trasladose procesionalmente al gran santuario para regocijarse en la fiesta de su patrono.

Y llegó el momento del sermón.

—Señor, dijo el franciscano dirigiéndose al rey, de nada sirve la inteligencia humana sin el auxilio Divino. Pensando en esto, he soñado esta mañana que volaba al cielo en busca de San Jerónimo y que no lo encontraba por ninguna parte. ¿Estará, me decía, entre los infatigables propagadores de la ciencia cristiana? Dirígame a los doctores de la Iglesia, y no le encontraré. ¿Estará entre los que han sellado con su sangre el triunfo de la fe divina? Dirígame a los mártires, y tampoco le encontraré. ¿Estará entre los espíritus sublimes que vaticinaron los grandes misterios del mundo? Dirígame a los profetas, y tampoco le hallé. ¿Estará entre los continuadores de la santa peregrinación de Nuestro Señor Jesucristo? Dirígame a los apóstoles, y tampoco le ví.

Desesperanzado de obtener su gracia iba a volver a la tierra, cuando en una penumbra, envuelto en impalpables nubes tropecé con San Jerónimo que estaba muy atareado en la confección de unas correas de cuero. ¡Es posible! exclamé—que un día tan señalado os ocupéis en tan bajo ministerio? ¿Para quién, señor, para quién preparáis esas correas?... ¡Para mis hijos! contestó San Jerónimo inflamado en santa indignación. Para mis hijos, que no saben honrar a su padre sin ayuda ajena...

No cuentan las orónicas lo que pasó después de este preámbulo inesperado; pero nosotros nos inclinamos a creer que el Rey D. Fernando VII tuvo un rato deliciosísimo... Lo que sí aseguran las orónicas es que el Padre Martínez no volvió a tomar chocolate de soconusco en ninguna casa, ni a predicar sermones en ninguna iglesia.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Revista dramática.

Un tema simpático, una tenue corriente de inspiración bastan a veces para despertar las fuerzas creadoras del verdadero ingenio. La comedia *Salirse de su esfera* ha servido de excelente pretexto a la distinguida actriz, señora Hijosa, para sacar casi de la nada una agradable creación. *Salirse de su esfera* es una comedia de carácter, muy endeble y muy desenfadada en sus comienzos y cuya andadura vivaz y jugetona vienen a atajar al cabo los géneos sinistros del melodrama y la afectación de la tésis moral. No tiene en su abono las gracias del estilo, ni el interés de una acción bien urdida, ni caracteres bien detallados, ni situaciones que revelen un ingenio y un arte superiores a los recursos comunes de la práctica y del oficio. Es, en fin, una producción marcada con el sello de lo vulgar, plagada de relumbrones poéticos y llena de incidentes por demás manoseados en las composiciones de la inventiva mas baladí.

Y sin embargo, la señora Hijosa ha sacado algo de este vacío; ha conseguido que la comedia se escuche con complacencia y se aplauda de buena voluntad. Tenemos, pues, que felicitarse a esta excelente actriz por un trabajo de mérito real y efectivo, y a los autores por haberla proporcionado el lema que la ha servido de inspiración.

Salirse de su esfera, se reduce, en sustancia, a lo siguiente: una aristocrática dama ha recibido en su casa a una joven aldeana, y la ha dado la educación propia de una señorita destinada a brillar en los salones de una sociedad refinada. Cármen se aclimata en la atmósfera extraña a que la ha conducido un capricho de la suerte, y llega a avergonzarse de su origen y de su familia.

Pero no es esto lo peor: la joven se ha enamorado de un conde muy insignificante, pero de muy mala intención, que alimenta la secre-

ta esperanza de hallar en la advenediza beldad una soberbia concubina.

Así las cosas, la ilustre protectora de Carmen se parte de esta vida, sin dejar a la posteridad en su caprichoso protectorado, un memorable ejemplo de discreción y de prudencia; el envidioso conde aprovecha la coyuntura que le ofrece la situación de Carmen para inducirle a que abandone a su familia y le siga a gozar del mundo, del fausto y de la libertad.

Y aquí llega la situación culminante de la comedia. Carmen lucha por un momento entre los impulsos de la pasión y los frenos de la virtud; se resiste, pero vacila, y el infático Mefistófeles, que pone a prueba sus honrados instintos, se dispone a conseguir el fruto de su perseverancia, cuando hé aquí que una traviesa aldeanuela, hermana de Carmen, que ha estado escuchando la plática, se presenta de improviso en el teatro de la tentación y confunde con su elocuencia campesina la osadía del vil seductor. La oveja vuelve al aprisco, y el lobo sale de él con el rabo entre piernas, como conviene a un animal dañino que le ha visto las orejas al mastín.

Y de aquí la moraleja de la comedia: una joven que se sale de su esfera, se expone a perder un novio modesto y honrado que la quiere de buena fé, y a caer en los lazos del primer calavera bien vestido que encuentre en el camino de insidias por donde la conduce su loca vanidad.

Como se vé, domina en este poema una purísima intención, y el fin no puede encerrar una solución mas radical de las nociones del bien; pero falta el ingenio, falta la novedad, falta ese espíritu creador que rejuvenece las cosas viejas y trasnochadas, y presta a las ideas viejas y familiares el sello de la originalidad.

Además, la idea sobre ser vieja y desprovista de espíritu renovador, está conducida con poco arte. El carácter de Carmen, ó sea el de la figura principal de la comedia, es una mezcla de rusticidad primitiva y de marrullería retórica que no existe en la naturaleza y que á duras penas ha podido hacer compatible la señora Hijosa corrigiendo en ocasiones, y con gran instinto de la verdad, la refinada poética de las palabras con la brusca ingenuidad del acento y de la acción. Sin embargo, en aquellos momentos, no muy frecuentes, en que los autores la colocan en un terreno medio entre la grosera ignorancia y la ingénita sabiduría, la joven campesina de *Salirse de su esfera*, es un tipo cómico que no carece de gracia y de naturalidad.

No hablemos del conde seductor: sería difícil imaginar un personaje mas insignificante, mas desprovisto de color, engendrado por una inventiva mas soñolienta, mas desprovista de fecunda actividad. Es una silueta negra, sin relieves ni contornos característicos; la expresión mas apática del mal que pueda engendrar una imaginación en sus horas de apatía. Compadece al Sr. Morales, encargado de interpretar esta figura anti-dramática; desprovista de tejidos humanos, no puede llegar á mayor extremo la modestia y la abnegación de un actor.

No hablemos tampoco de aquel pollo insípido que interviene incidentalmente en la comedia, y de cuyas vulgaridades libertan al espectador mas tarde de lo que fuera justo, los autores de la obra, entregándole á la justicia sumaria de un perro mal humorado. El imberbe galanteador de *Salirse de su esfera* es la milésima edición estereotípica de un tipo que ha entrado en el dominio común del comercio dramático de pacotilla. Los autores no han necesitado descausar después de la creación.

Hay en el poema un amante desdenado y elegiaco cuyas tristes endechas recuerdan punto por punto los del pastor Grisóstomo. No se muere como el de la fábula inmortal de Cervantes; pero agoniza á la vista del espectador mas largamente de lo que conviene á un desahuciado que no ha hecho grandes méritos para captarse su simpatía.

Un campesino de la raza mas primitiva que se pueda encontrar en las inmediaciones de un centro de cultura y de civilización, ayuda á la desenfadada mozueta, á quien ha dado el ser, á regocijarse con su grotesca ignorancia el ánimo del espectador, y completa el modesto cuadro de género imaginado por los autores de *Salirse de su esfera*. Este personaje está interpretado por Mariano Fernandez, y la gracia proverbial de este actor, es cosa pasada en autoridad incontrovertible de cosa juzgada. Mariano Fernandez es el gracioso de la villa. No vivirá en el porvenir tan larga vida como Guzman; pero vivirá en la escena una eternidad, si plazo tan dilatado concediera á su actividad la avara turquesa con que mide el tiempo la existencia de las criaturas mas imprescindibles.

Pero en honor de la verdad, la Sra. Hijosa ha sido dos veces la heroína de la pieza: heroína por la importancia de su papel; heroína por el aliento con que ha defendido la causa de los autores.

El público ha llamado al palco escénico á los escritores desconocidos á quienes atribuye el gartel la posteridad de la obra. No se han presentado; pero lo ha hecho la Sra. Hijosa, y no ha habido motivo fundado para ulterior reclamación.

Salirse de su esfera vivirá como las plantas parásitas; vivirá de la actriz que le ha prestado la savia de su talento. Séanos ahora permitido rogiar la modestia ó la prudente reserva de sus autores; su obra sirve para tantear el terreno de la escena, pero no es de aquellas que asientan sobre sólidos fundamentos una reputación literaria.

El Sr. Gomez de Cádiz, poeta de pocos años y por consiguiente de escasa experiencia, ha comenzado con poco tino su carrera de autor dramático. Nada menos que una tragedia a la antigua ha creído conveniente escribir para probar los alientos de su nimen juvenil. La obra era superior á sus fuerzas, y ha quedado reducida á las proporciones de un ensayo que se resiente de la impericia del escritor, y que no ofrece motivo fundado, cualquiera que haya sido la opinión de sus admiradores, para felicitarse de la impaciencia con que ha sido llevada á la escena.

No merece el trabajo del Sr. Gomez de Cádiz detenido examen, ni sise juzgan severamente los lozanos de un ingenio inexperto que siete el vertigo prematuro de la creación. Pero hemos de dar al novel poeta un buen consejo. La empuja que ha acometido necesita los bríos de

un talento viril. Su Atila es una figura hueca y no evoca en nuestro espíritu la sombra del terrible caudillo, sino para que lamentemos el frívolo pretexto de la exhumación. Aurelia es una figura deslavazada que no se eleva jamás a la altura de la situación moral en que la coloca su desorientado autor, y Graciano es un personaje que se agita y declama en el vacío. A esto hay que añadir que el Sr. Gomez de Cádiz pone la clave de la acción en manos de un personaje de última fila, reduciendo á la nulidad á las figuras principales, y que la elocución poética peca por lo general de afectada y ampulosa. A nuestro juicio, el Sr. Gomez de Cádiz debe dar al olvido la primera lucubracion de su musa precoz y dirigir por mas llano camino las corrientes de su inspiración. Versifica con facilidad, la energía de un ingenio lozano despierta á veces en medio de la inútil abundancia de una poética plagada de candorosa ampulosa, y debe ejercitar estas dotes en composiciones de menos empeño. Por el camino que ha emprendido no ha de alcanzar por el momento otros laureles que los que le adjudique el sufragio casero de una apasionada admiración.

El azote de Dios, que así se denomina la tragedia, es la obra de un aficionado á la poesía, y ha sido interpretada en el teatro de Apolo por actores que con escasas y no muy brillantes excepciones, nos han parecido aficionados á representar comedias.

PEREGRIN (GARCIA CADENA).

Captivi.

Tal es el título de una de las mejores comedias de Plauto que va á ser representada dentro de unos días en el teatro Español a beneficio de las provincias inundadas.

Como el mismo autor dice en el prólogo, en ella no se pintan las costumbres groseras y escandalosas que tan en boga estaban en aquella época, el ilustre poeta se ha apartado en esta producción de los recursos corrientes entre los autores dramáticos de entonces y ha revestido su comedia de una forma completamente nueva y de un enredo discreto é interesante.

Rotron y Roy han hecho imitaciones de *Captivi*. Lemecier aconsejaba á sus discípulos que estudiaran esta obra con objeto de aprender la manera de mezclar la *vis cómica* á una acción noble y patética.

La comedia tiene cinco actos é intervienen los siguientes personajes: Hegio, un viejo rico; Philopolemo, hijo mayor de Hegio; Philocrates, joven heleno cautivo; Tindaro, siervo de Philocrates é hijo segundo de Hegio con el nombre de Peguium; Aristophonte, joven heleno amigo de Philocrates, cautivo tambien; Ergarilo parásito de Philopolemo; Stalagmo, esclavo de Hegio escapado de su casa; Lorario, capataz de Hegio; un esclavo joven; acompañamiento de siervos. La escena pasa en Calydon (Etolia).

Captivi va precedida de un argumento atribuido á Priscio, el cual nos pone en conocimiento que Philocrates y Tindaro son cautivos apresados á los elidos y comprados por Hegio al cuestor de Calydon; Hegio se dedica á esta mercancia con objeto de adquirir un esclavo de bastante importancia para cambiarlo con su hijo Philopolemo, prisionero en Elida. Tindaro es hijo de Hegio á quien fué robado por un esclavo cuando apenas contaba cuatro años. El prólogo consiste como todos los de aquella época, en una relación graciosa que un actor vestido de blanco, que era el color apropiado, y con una rama de olivo en la mano se encargaba de declamar ante el público momentos antes de empezarse el espectáculo para reclamar silencio y gracia para el autor.

Acto primero. Ergarilo es un gorrón de Philopolemo, que privado de comer por la esclavitud de su patrono y arrastrado por el hambre, se dirige hacia la casa de su antiguo protector, cuya puerta, aquella por donde tantas veces habia salido satisfecho de puro harto, contempla con el cariño que le inspiran sus gastronómicos recuerdos, y lanza angustiosos suspiros al considerar su triste situación, necesitando mendigar su alimento diariamente, y si al cabo de mil peripecias se logra adherirse á rico grosero como la concha á la roca, hay que aguantarle sus enfados y disgustos, alguna que otra bofetada, y sufrir que le tiren los platos á la cabeza; á pesar de tan melancólicas consideraciones, se encuentra casi decidido á llamar en casa de Hegio; pero de repente la puerta se abre, y el dueño, acompañado de Lorario, aparece en el dintel. Hegio manda á Lorario que encadene los dos esclavos que habia comprado aquella mañana, pero le encarga que no les oponga dificultad alguna para que entren y salgan á su sabor en el edificio con la vigilancia debida, por que un hombre libre, cautivo, dice, es como un pájaro enjaulado, que al primer descuido huye para recobrar su pristino estado. Lorario acepta la imagen, y quiere ponerla en práctica juzgándose pájaro, pero Hegio le hace notar que si persiste en su intento, le va á encerrar en una jaula, con cuya chanzoneta despidió á Lorario para que cumplimente sus órdenes.

Ergarilo ve el cielo abierto cuando Hegio queda solo y gimiendo por la pérdida de Philopolemo, logra captarse las simpatías de su padre que, aunque desconfiando del fingido dolor del parásito, llega á simpatizar con él, y lo que es mas, á convidarle á comer por ser su cumpleaños.

Acto segundo. Philocrates y Tindaro son cargados de cadenas por Lorario, y lloran su desgraciada suerte; éste les aconseja que soporten con resignación su desdicha, y que aprovechen el primer momento oportuno para escaparse, cuya simple idea rechazan como indigna de ellos. Philocrates pide á los demás esclavos que le dejen conversar un breve rato con Tindaro, á quien propone continuar la ficción, que por el trueque de sus vestiduras ha empezado ya, y por la cual Tindaro se convierte en Philocrates y éste en aquel.

Sobreviene Hegio é interroga á Philocrates, á quien toma por Tindaro, sobre la posición, riqueza y arraigo de su familia; como le dice y despues corrobora Tindaro que el padre de Philocrates es rico, y que conoce al médico Menarco dueño de Philopolemo, se decide á dejar en libertad al fingido esclavo, con objeto de que gestione en la Elida el cambio de los dos prisioneros; mas con la obligación, por parte de Tindaro, de pagar veinte minas si un esclavo

no regresaba á la Etolia. Hegio manda que les quiten las cadenas *incontinenti* y hasta da dinero á Philocrates; el dinero necesario para el viaje.

Acto tercero.

Ergarilo se lamenta de que su profesión esté perdida; vistos los pingües rendimientos de la industria parásita, desarrollada la concurrencia, menguan cada día los productos, llegando hasta el extremo de no tener nada que llevar á la boca. Entran en escena Hegio y Aristophonte; aquel cuenta que ha dado libertad á Tindaro, y se muestra contentísimo porque espera volver á ver á su hijo; mientras tanto, el verdadero Tindaro lamenta su infortunio; Aristophonte le conoce como á Philocrates, de quien es muy amigo; todo está descubierto, á menos que no invente un nuevo engaño; ¿pero cómo darle las apariencias de la verdad?

El peligro avanza; Hegio y Aristophonte buscan al cautivo, creyéndole Philocrates; mas cuando Tindaro es reconocido por el otro esclavo, que le llama por su nombre y le recuerda su antigua amistad, Tindaro comunica á Hegio, con una audacia terrible, que Aristophonte pasa en la Elida por loco furioso, de cuyos ataques aconseja la prudencia huir, pues la emprende á pedradas y bocados con todo el que se tropieza por delante; pero éste se defiende y demuestra claramente que Tindaro no es lo que representa. Hegio, que al principio del diálogo no presta oídos á lo que afirma Aristophonte, se inclina ante la evidencia y manda encadenar á su cautivo. Tindaro le exige el motivo de aquella crueldad; pero colérico su dueño dispone que le conduzcan á un calabozo y se le destine á mover las ruedas de un molino en los sótanos de la casa, y si senegara á trabajar, que se le azote.

Aristophonte, movido á compasión intercede; Tindaro se resigna, porque, según su frase, no importa el padecimiento cuando se tiene la gloria de haber ejecutado una buena acción, y Hegio recuerda á sus hijos, prisionero el uno, robado en tierna edad el otro, y jura no tener piedad de nadie y menos del embustero Tindaro, causa de que el no pueda recobrar á su hijo Philopolemo.

Acto cuarto.

Ergarilo paseaba por el puerto y ve desembarcar al hijo de Hegio, á Philocrates y Stalagmo, y considerando que la comunicación de tan grata nueva podía asegurarle un porvenir de comidas envidiable, se dirige á casa de su protector, á quien divisa de lejos en la misma puerta, y adoptando un aire impertinente y pendenciero llega á atemorizar á Hegio, que lo cree con dinero y harto, mas á poco se convenció de que sus tretas no tenían mas que un fin gastronómico, pero el sagaz parásito comprendió de que de continuar con palabras vagas no le sería posible comer, y jura por todas las ciudades extranjeras conocidas en su geografía individual, que su hijo, acompañado de Philocrates y Stalagmo acaban de desembarcar en Calydon. Hegio le ofrece un asiento en su mesa para toda la vida si es cierta la noticia, y parte con la velocidad del rayo en busca de Philopolemo. Ergarilo entra en la casa y dispone un banquete digno de Lúculo.

Acto quinto.

Philopolemo, Philocrates y Stalagmo llegan. Hegio se congratula de que los sucesos hayan tomado el rumbo que él creyó desdichado un día porque le proporcionaba el placer de recuperar á su hijo, de obtener un amigo en Philocrates y de poder castigar en el miserable Stalagmo el robo de su querido Peguium. El noble heleno reclama á Tindaro y Hegio se lo concede pidiéndole perdón si en el arrebato de su cólera le habia maltratado; lamenta Philocrates lo sucedido, y marcha con Philopolemo á devolver la libertad á Tindaro.

Mientras tanto, Hegio obliga á confesar al infame Stalagmo qué es lo que habia hecho de su hijo; el pálido esclavo lo habia vendido infante aún, á Teodoromede de Polyplusia, padre de Philocrates. El desgraciado padre llama precipitadamente á su antiguo esclavo, el cual, ayudado por los datos de Stalagmo, asegura que Tindaro es el hijo de Hegio. Aquí empieza la situación mas hermosa de la obra, Tindaro, cargado de cadenas, no quiere creer que aquel que le castigó con tanta crueldad era su padre, y cuando éste se abalanza á él para abrazarle llamándole hijo, Tindaro dice amargamente estas palabras: «es verdad, soy tu hijo, sin duda, porque me has hecho ver la luz del día en este momento.»

Philocrates propone que las cadenas arrastradas por Tindaro se pongan á Stalagmo, y termina la obra.

RAFAEL COMENGE.

Paris.

Paris á la luz de la luna es un espectáculo grandioso. ¡Qué sublime cuadro presenta estas noches la gran ciudad! Pocos panoramas pueden admirarse como el que anoche se veia desde encima del arco de la Estrella. La cúpula dorada de los Inválidos resplandecía; el Sena hacia el efecto de un ancho torrente de luz, movido por aliento misterioso, despidiendo á su paso una claridad de apoteosis, y marchando en silencio como si temiera turbar el sueño de la diosa adormecida al son de sus rumores; la ancha avenida de los Campos Eliseos estaba solitaria y muda, como las largas vías de esas ciudades muertas donde hace siglos reinaron la agitación y el ruido, al fin de la avenida y sobre las desnudas ramas de los árboles, sinestros brazos de horribles esqueletos, una enorme y negra mole alzaba su frente; ¡sombrío túmulo de grandezas caídas! Sombra, soledad y tristeza, son la eterna compañía de los palacios y de los sepulcros.

No hace muchas noches fui á casa de un amigo, con objeto de invitarle á dar un paseo por cualquiera de las alturas que dominan Paris y admirar juntos la gran ciudad al mágico resplandor de la luna.

El criado de mi amigo me responde:

—Monsieur ha ido á un banquete de antropófagos.

Puede figuraros el efecto que me hizo la noticia.

—¿A un banquete de antropófagos? exclamé con la mayor extrañeza.

—Si, al hotel Continental, replica el criado; la invitación era para las siete; el baron de Rotschild, protector de la sociedad, vino hace

media hora á buscar á monsieur, y han salido juntos.

Todo me volvi confusiones; apenas acertaba á bajar la escalera... ¡Con qué mi amigo era antropófago! ¡Con que Rotschild, el gran Rotschild, el verdadero Rotschild, era antropófago tambien... y protector de semejante sociedad! ¡Con que en aquellos mismos momentos estarían devorando alguna víctima inocente, y clavando acaso los tenedores de oro del hotel Continental en chuletas de carne humana...! ¡No puede ser! —Me dije: —aquí hay algun error, —y dirigí mis pasos hacia las arcadas de la calle de Rivoli.

Llego al hotel Continental, y entro en la gran sala, cuyas paredes están cubiertas de magníficos frescos, y cuyos techos están bordados de oro. En efecto, allí habia un banquete; ciento veinte personas rodeaban la mesa. Apenas tendí la mirada sobre los comensales, temblé: ¡Qué horror! —me dije; —¡ciento veinte antropófagos!

La conversacion era viva y animada: unos hablaban de la muerte; otros de las enfermedades que castigan á la especie humana; otros se obstinaban en hacer notar ciertas semejanzas entre el cuerpo del hombre y el del gorila; otros encontraban ciertos parecidos entre la constitucion natural del hombre y la del perro... En fin, conversaciones dignas de antropófagos todas ellas.

Me daba miedo mirar lo que contenian los platos.

Empecé á examinar el aspecto de los comensales; vi á mi amigo... vi al baron de Rotschild... Por allí distinguí otro rostro conocido... ¡aquél es Littré!... aquel otro es Quatrefages... á su lado está Enrique Martin, el nuevo académico... Voy reconociendo sucesivamente á Broca, Topinard, Mortillet, Sée y algunos otros; noto tambien la presencia de esa decena de extranjeros que en todas las solemnidades de Paris, en todas las academias y en todos los congresos, bien sean de literatura ó de comercio, de filosofía ó de veterinaria representan indistintamente á sus respectivas naciones... ¿Es posible que sean antropófagos todos estos individuos? No puede ser; aquí hay un error... Salgo corriendo de la sala y pregunto al portero: —¿Qué sociedad es esta que celebra el banquete?

El portero me contesta:

—¡Es la Sociedad de antropólogos!

Solté una carcajada, y me reí grandemente de mí mismo.

Si no me hubiesen dicho que era Rotschild el protector de la sociedad, quizás no me hubiera ofuscado el error; pero al oír que el protector era Rotschild, pensé:

¡Quién sabe! ¡Acaso sea verdad! ¡Estos millonarios judíos tienen gustos tan raros!

Puede ser que algunos no lo sepan; bueno es, por tanto, decirlo una vez mas: Rotschild es el opulento potentado que ha puesto sus arcas á disposición de la Sociedad de antropólogos que con tanto ardor viene sosteniendo y propagando las teorías evolucionistas.

A él casi se le debe la fundación de dicha sociedad, que data de veinte años, y el dinero de Rotschild ha hecho desaparecer por la faz de la tierra numerosas edificaciones de las obras de Darwin, Hœckel, Tylor y Vogt.

Un joven español, entusiasta adepto de la escuela evolucionista, viene á Paris tres ó cuatro veces al año.

—¿Usted por aquí? se le pregunta en el boulevard.

—Vengo á corregir un pliego de pruebas del libro que imprimo en casa de Reinwald.

Hace tres años que esto dura. El autor toma el tren en Barcelona, donde reside; llega á Paris, corrige un pliego de pruebas, asiste á una sesión de la Sociedad de antropólogos y se vuelve á su casa. No conozco obra alguna que haya costado tantos cuidados, tantos viajes y tantos insomnios. La obra parece que toca á su fin. Si así no fuese, seria su autor el que tocaría á su fin muy pronto.

Este evolucionista *enragé* es amigo mio, y buen muchacho; es Pompeyo Gener: el libro se titula *La muerte y el mal, historia y filosofía de las dos negaciones supremas*.

¿Verdad que hay en este título sombra bastante donde perderse?

Antes de pasar á otro asunto, debo anunciaros que los antropólogos han decidido por unanimidad, al terminar su ultimo banquete, que el hombre viene del mono.

Yo en esto tengo ideas muy particulares; creo que el hombre va hacia el mono.

Coquelin, el gran actor, á quien las intransigencias reaccionarias de Sardon han hecho eclipsarse por algun tiempo, deja á sus compañeros del Teatro Francés ensayar las escenas clericales que les ha suministrado el célebre dramaturgo, y aprovecha sus ocios inaugurando una brillante serie de conferencias en la sala del boulevard de Capuchinos. Espiritual y animada fué la que anoche dió ante un numeroso público el actor á quien Paris quiere tanto. Francisco Sarcey le habia cedido su turno: Coquelin habló como un verdadero orador: erudición vastísima; admirable sencillez en el lenguaje; tras un párrafo lleno de chiste y de gracia, un período rebosando sentimiento; ahí la oratoria de Coquelin. Se quejó de la poca consideracion social en que se tiene á los actores; aludió tambien á la tiranía que sobre ellos ejercen los empresarios y algunos autores envidiosos que quieren hacer del actor un lorito que, con su arte de decir, dé valor á vulgares ataques contra las mas grandes ideas. La concurrencia aplaudió ruidosamente este período. Coquelin afirmó que en estos tiempos modernos un actor tiene derecho á sostener sus ideas políticas, puesto que es como los demás un ciudadano, y que es un abuso querer obligarle á defender en el teatro lo contrario de lo que piensa. El discurso de Coquelin ha sido mas que conferencia, una revancha.

Los diarios reaccionarios vienen hoy furiosos contra Coquelin. Algunos le dedican largos artículos de fondo. ¿Qué efecto le habrá hecho á Sardon esta conferencia? Nuevas contrariedades amenazan á los autores dramáticos.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Paris 23 noviembre 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almadena 2ª